

María Herlinda Suárez Zozaya*

70 ▼

En la actualidad, con el cuestionamiento continuo que se hace a la sociedad moderna, el oficio de socióloga se ha vuelto apasionante. La sociología como disciplina formal nace con la aparición de este tipo de sociedad y acorde con esto surge vinculada a sus expectativas. Los principales temas sociológicos como son la secularización, escolarización, estratificación, movilidad, igualdad, participación ciudadana e interacción social, entre otros, parten de los supuestos relativos a la realización de los ideales de la modernidad vinculados a la confianza en la racionalidad humana y al control de los instintos, pasiones y deseos por la vía de la socialización. En este escenario, el Estado, la ley y sus instituciones parecían ser la clave para resolver los problemas del conflicto, de la acción social y del cambio cuando, después de la Revolución francesa, se colapsó el “orden tradicional”. Hoy, en el momento en que “el orden social” se ha colapsado y muchos anuncian el nacimiento de una nueva sociedad, desocializada,¹ los sociólogos tenemos que estar atentos a la observación de la aparición de nuevas formas del poder y del conflicto. Nuestro trabajo, como antaño, debe ayudar a revelar “lo nuevo” en los mundos de la sociedad y del individuo, en su mutua relación.

Como siempre, los jóvenes son portadores de lo novedoso. Por ello, la observación, el análisis y el estudio de lo que les atañe se han colocado en el centro de interés de las ciencias sociales. Hoy, en el meollo de una gran mutación social, cultural, política y económica, que algunos califican de crisis de civilización, se encuentran los y las jóvenes.² Las informaciones que se difunden sobre lo que ellos están viviendo y construyendo se acumulan, pero todavía es necesario revisarlas e integrarlas para darles un sentido histórico que permita ver la nueva sociedad que ya parece haber nacido. Para decirlo con Castoriadis:³ el lobo realmente ya está aquí, y todo indica que ya ha puesto su semilla en los jóvenes, quienes están siendo “fabricados” por el proceso histórico-social llamado “nuevo capitalismo”. En este régimen, se están instituyendo nuevas formas de vida, basadas en relaciones sociales líquidas,⁴ bajo las cuales se están desmoronando las sólidas estructuras de antaño, desde donde se solían construir las relaciones.

Claro está que la demanda de “liquidez” no es contingente. Deviene de las necesidades de cambio constante, propias del capitalismo que lucha por la inmortalidad. Con el contenido de este pequeño artículo, lo que se busca es introducir la idea de que, ante su temor a la muerte y su búsqueda de vida eterna, el capitalismo está

convirtiendo a los jóvenes en su fuente de vida y posibilidad de futuro. En ellos ya está sembrada y hoy está germinando la figura del sujeto que deberá remplazar a “el trabajador”, que antes fuera el sujeto histórico del capitalismo industrial. Entre todos los jóvenes, por sus condiciones históricas y socioeconómicas, los trabajadores mexicanos parecen constituir “un modelo” para la figura que el nuevo régimen económico, cuyo elemento central sigue siendo la tensión entre capital y trabajo, parece necesitar para su funcionamiento. Desde hace tiempo, muchos trabajadores del país han sido portadores de las características que hoy asoman en el perfil que está mostrando la nueva figura. En esto parece que el Tercer Mundo se ha anticipado al primero.

Jóvenes y nuevo capitalismo

71 ▼

Producto de lo que actualmente conocemos como la crisis europea de 1560-1660, el capitalismo es hoy un sistema económico mundial que se yergue como la fuerza dominante en la historia del mundo. No constituye un sistema que permanezca estático sino que, como Maurice Dobb lo propuso: “el capitalismo está por sí mismo continuamente sujeto al desarrollo histórico. Cambia de una década a la siguiente y es diferente de un país a otro [...] Pero esto no significa que no tenga ciertas características generales que le son esenciales”.⁵ Ahora citando a Marx y Engels en su famoso Manifiesto: “el poder especial del capitalismo como modelo de producción se debe a su habilidad —que es también necesidad— de subordinar todas las relaciones sociales a su dinamismo”.

La dinámica del capitalismo y su exigencia de apropiación del trabajo excedente demanda a este modo de producción su continua expansión y ampliación de la base humana susceptible de ser explotada. La crisis experimentada por las economías capitalistas desde el inicio de los años setenta puso en evidencia la necesidad de buscar nuevas formas de obtención del trabajo excedente, y de esta necesidad, surgieron las propuestas globalizadoras y de cambios en el perfil de la fuerza de trabajo. Despidos masivos, combate al sindicalismo y amenazas de cierre de empresas han sido estrategias utilizadas por el capital a efectos de instalar nuevas prácticas productivas⁶ y de comercialización generalizadas en todo el globo terráqueo. Las empresas buscan trabajadores desprovistos de identidad de clase: una fuerza de trabajo sin pasado ni memoria de las conquistas históricas que desembocaron en derechos laborales y contrataciones colectivas. Sin duda, entre toda la población, son los jóvenes los que mejor cumplen estas condiciones de empleo.

No es de extrañar entonces que el capitalismo actual esté llamando con fuerza a los jóvenes para que se incorporen “así” (sin memoria del pasado) al mundo laboral. En casi todos los países del globo son los jóvenes, precisamente, quienes hoy registran los indicadores que muestran con mayor claridad la tendencia actual hacia la precariedad general del empleo y hacia una mayor polarización de las condiciones del trabajo. A partir de este hecho, suele afirmarse que ellos son las principales víctimas del nuevo capitalismo, lo que no es del todo cierto.

* Investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

¹ Alain Touraine, *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina, 1997.

² En este trabajo evitaré hacer mención diferenciada de las y los jóvenes. Utilizaré el concepto de manera genérica para referirme a la juventud, independientemente del sexo de los individuos que la integran.

³ Cornelius Castoriadis, *El Avance de la Insignificancia*, Eudeba, Argentina, 1997.

⁴ Zygmunt Bauman, *Liquid Love*, Polity Press, Cambridge, GB, 2003.

⁵ Maurice Dobb, *Economics of Private Enterprise*, Sydney Current Book Distributors, Sydney, Australia, 1944.

⁶ Benjamín Coriat, *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Siglo XXI, México, 1994.

Las víctimas del nuevo capitalismo estamos siendo todos. Lo que pasa es que, hoy todavía, son más adultos que jóvenes quienes se encuentran cobijados bajo las conquistas históricas del trabajo obrero —en términos de estabilidad, acuerdos salariales y seguridad social—. Es de esperar que, con el paso de los años, el tipo antropológico de “el trabajador”, surgido del capitalismo industrial, se vaya extinguiendo por exclusión definitiva y cuando esto suceda, como lo ha señalado Zygmunt Bauman,⁷ el mundo quedará poblado por consumidores y pobres, disciplinados por la amenaza social del desempleo. Para ese entonces, los jóvenes de hoy y los de mañana habitarán el nuevo mundo flexible que hoy estamos construyendo bajo el liderazgo de “la mano invisible” del mercado. Conviene observar con cuidado a dónde está llevando a México este tan afamado líder.

Condiciones de empleo de los jóvenes mexicanos

Al iniciarse la década de los años setenta en México, cuando ya era evidente que el “milagro mexicano” se había agotado, pero todavía la economía no entraba en un proceso de franca reestructuración, la tasa de participación de los jóvenes de entre 15 y 29 años era de 47. Para 1991, justo al término de la llamada “década perdida”, esta tasa tomó un valor de 52.9. Desde entonces, este indicador se ha mantenido en un nivel mayor a 50, mostrando que las nacientes condiciones sociales, ligadas al surgimiento del “nuevo capitalismo”, han impuesto demandas socioeconómicas a muchos jóvenes mexicanos que han sido empujados a la fuerza de trabajo.

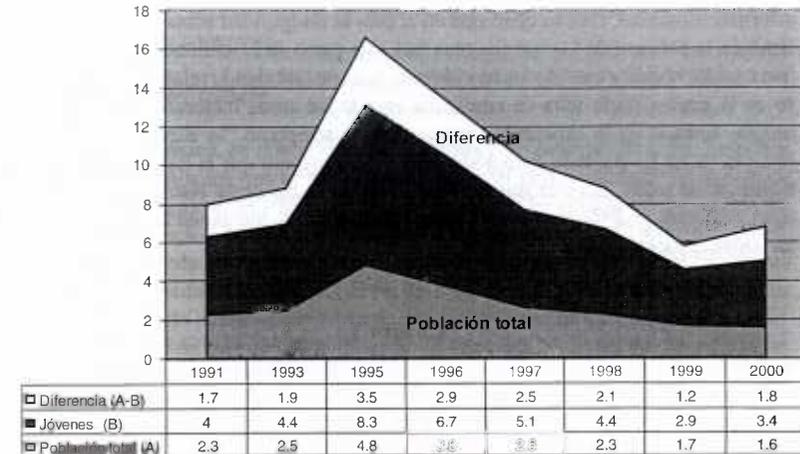
Los jóvenes han sido siempre los recién llegados al mercado de trabajo y su integración a la población ocupada solamente puede realizarse si se desocupan puestos o si se crean nuevos empleos. Tanto en periodos de crisis como en fases de incrementos de la productividad, la economía mexicana no ha sido capaz de absorber gran parte de la mano de obra proveniente del aumento natural de la población, causando índices relativamente altos de desempleo y subempleo en los grupos de población joven.

Durante la última década del siglo pasado (1990-2000), la tasa de desempleo juvenil se mantuvo continuamente mayor a la del total de la población económicamente activa y la distancia entre ellas se magnificó en el momento más álgido de la desocupación (ver gráfica 1), mostrando con ello, por un lado, que en épocas de crisis la economía ha tenido menor capacidad de absorber a los recién llegados al mercado y, por otro, que, hasta ahora, los despidos se han orientado sobre todo hacia los trabajadores que tienen poca antigüedad, ya que ellos suelen tener menos derechos.

⁷ Zygmunt Bauman, *Work, Consumerism and the New Poor*. Open University Press, Filadelfia, EUA, 1998.

Gráfica 1

México: Tasas de desempleo abierto de la población total y de jóvenes (16-24). Diferencias 1991-2000



Fuente: INEGI, Encuesta Nacional de Empleo, varios años.

Si como se sabe en el nuevo capitalismo los derechos laborales están tendiendo a extinguirse, de manera generalizada en la población ocupada, entonces es muy probable que, más temprano que tarde, ya no sean necesariamente los jóvenes los primeros en perder sus empleos. Cuando la nueva versión del capitalismo se haya instalado de lleno en nuestra sociedad, es de esperar que ya no sea la edad un factor que determine, tan decisivamente, la posibilidad de despido ya que, con la muerte de “el trabajador” también se extinguirán los derechos vinculados al trabajo. Esto, unido a que los jóvenes tienen capacidades de adaptación y de formación que se adecuan mejor a las nuevas demandas de la nueva economía “de la era de la información” lleva a pensar en una profunda transformación de la estructura por edad de la población desempleada.

Con todo, en la actualidad, las tasas de desempleo abierto de los jóvenes mexicanos resultan ser relativamente pequeñas, cuando se las compara con las de Estados Unidos y las de los países de la Unión Europea. Según datos de la OCDE en 1995, cuando en México este indicador registró 8.3 (el valor más alto de esa década) en Estados Unidos la tasa fue de 12.5 y en la Unión Europea “el paro” alcanzó 18.6% de los jóvenes. Son bastante conocidos los motivos de estas diferencias en los valores de los índices de desempleo. Algunos son de tipo estadístico: hay incompatibilidades en las definiciones conceptuales y en la forma de medición y registro. Los más se deben a las enormes diferencias que hay en cuanto a las consecuencias económicas y sociales de estar desempleado entre vivir en un país cuya sociedad (para no decir Estado) brinda protección a su población y vivir en una situación de desamparo.

En México la situación de desamparo de los trabajadores y particularmente de los más jóvenes no es ninguna novedad. Desde siempre, el "pleno empleo", como muchas otras responsabilidades sociales, no ha pasado de ser promesa gubernamental. El mercado de trabajo mexicano se ha caracterizado por su intensa heterogeneidad, reflejada en una fuerte segmentación que ha mantenido a un amplio sector de trabajadores desempleados o subempleados y muchos de ellos trabajan en la economía informal. Entonces, resulta claro que en el país la inseguridad económica y jurídica y también la pobreza de los trabajadores han sido parte de la realidad laboral en la que han nacido, vivido y crecido los hoy jóvenes. Lo que está siendo relativamente novedoso es la generalizada falta de confianza en que las cosas mejorarán. De la antigua utopía, fincada en la esperanza de que tarde o temprano "la Revolución"⁸ traería justicia, ya no ha quedado nada y son pocos los que creen que el Estado trabaja por el bienestar de todos. Tal vez por esto los datos de la Encuesta Nacional de Juventud (ENJ), realizada en 2000, advierten sobre la desconfianza que tienen hoy los jóvenes en las instituciones públicas.

Cuadro 1
Confianza que tienen los jóvenes mexicanos en distintas instituciones, considerando si han trabajado o no

Distribución de respuestas de los jóvenes*		
Instituciones	Han trabajado	Nunca han trabajado
Gobierno	7%	6%
Partidos políticos	1%	1%
Congreso	1%	1%
Sindicatos	2%	2%
Iglesia	23%	23%
ong	2%	2%
Ejército	4%	4%
Medios	6%	6%
Familia	32%	32%
Escuela	20%	20%
Ninguna	2%	2%
N. e.	1%	1%
Total	100%	100%

Fuente: José Antonio Pérez Islas (coord.), *Encuesta Nacional de Juventud 2000*, IMJ-CIEJ, México, 2002.

*Se tomó como universo la unión de respuestas de las tres tarjetas.

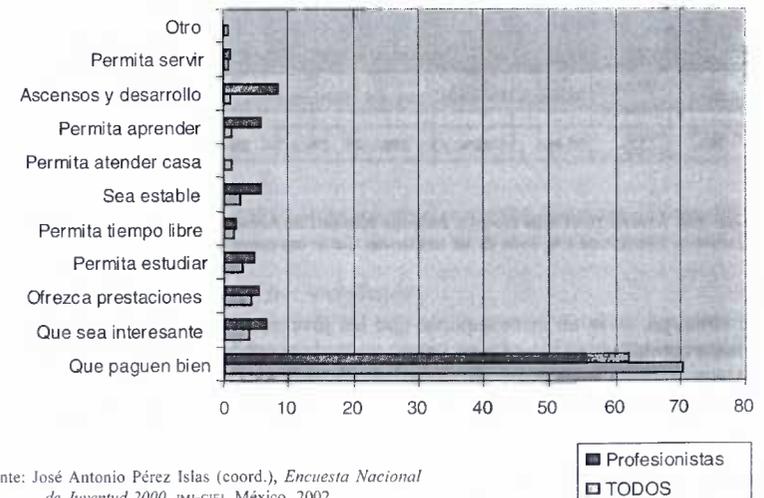
⁸ De la lucha obrera llevada a cabo principalmente en Europa y en Estados Unidos emanaron las fuerzas de cambio a favor del bienestar de los trabajadores. En México las demandas de justicia y bienestar se expresaron más con la utopía revolucionaria cuyas promesas de salvación se dirigieron tanto a trabajadores como a clases campesinas y populares, en donde, por años, fincó sus bases de gobernabilidad el PRI (Partido Revolucionario Institucional) que mantuvo el poder por más de siete décadas.

¿Y cómo no van a tener los jóvenes mexicanos desconfianza del Estado si tal y como se ha dado la experiencia de la política en México, en las dos últimas décadas, lo que se plantea como futuro del país es la privatización de los espacios públicos, el crecimiento de la pobreza, la injusticia y el imperio de la violencia? En este escenario, no debe sorprendernos entonces que los jóvenes mexicanos prefieran aferrarse a las instituciones privadas del pasado como son la Iglesia y la familia y que desconfíen de las de la sociedad moderna, particularmente de aquellas que le son propias a la democracia (partidos políticos y congreso).

La significación del trabajo

En países como México, en donde la pobreza de una gran cantidad de gente crece día con día y son muchos los que se han quedado fuera del sector moderno de la economía, el trabajo⁹ adquiere, ante todo, un sentido lucrativo. En el país, los propósitos de humanización, de racionalidad autoformativa o de sanción etificada del trabajo (Weber), propios de las sociedades modernas, nunca se erigieron como motivo principal de trabajo en toda la sociedad. Con la crisis de fin del siglo pasado y bajo las condiciones en las que está naciendo el nuevo capitalismo, esta tendencia se ha exacerbado y, a modo de ilustración, se pueden referir los datos de la Encuesta Nacional de Juventud que muestran que muchos jóvenes mexicanos consideran el trabajo, ante todo, por su utilidad para obtener dinero (ver gráfica 2).

Gráfica 1
Jóvenes que han trabajado.
Lo que les parece más importante de un trabajo



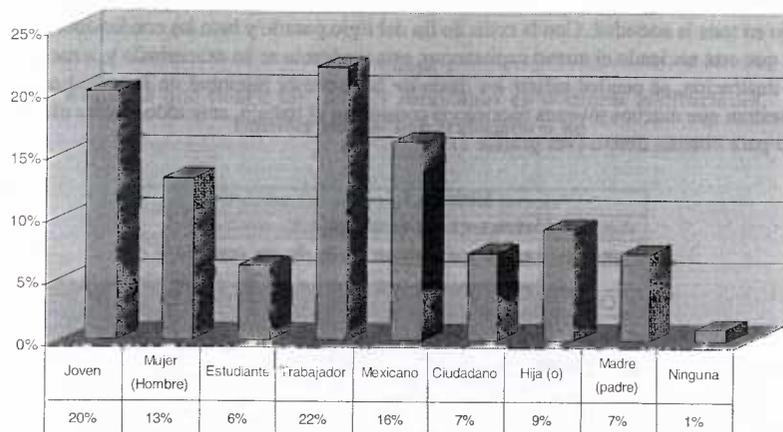
Fuente: José Antonio Pérez Islas (coord.), *Encuesta Nacional de Juventud 2000*, IMJ-CIEJ, México, 2002.

⁹ No nos referimos a la labor sino al trabajo, tal y como definió estos conceptos Hannah Arendt (*La condición humana*, Paidós, Barcelona, España, 1993).

Pero, por lo general, la mayoría de las ocupaciones a las que pueden acceder casi todos los jóvenes en el mercado de trabajo mexicano se caracterizan por ofrecer ingresos mucho muy bajos.¹⁰ De hecho, para el año 2000, según datos de la Encuesta Nacional de Empleo (ENE), cerca de 70% de la población ocupada, de edades entre 15 y 29, recibía ingresos de, cuando mucho, dos salarios mínimos. Como es natural, esto causa frustración; confronta y erosiona la referencia al trabajo como sentido de vida.

Con todo, a juzgar por las respuestas en la ENJ, la capacidad enunciativa del trabajo, en cuanto a fuente de construcción de identidad personal, parece seguir teniendo vigencia¹¹ entre los jóvenes mexicanos que trabajan (ver gráfica 3).

Gráfica 3
Palabras con las que se identifican los jóvenes mexicanos que trabajan*



Fuente: José Antonio Pérez Islas (coord.), *Encuesta Nacional de Juventud 2000*, IMI-CIEJ, México, 2002.
* El universo corresponde a la unión de las tres tarjetas que se entregaron a los jóvenes

Sin embargo, sería un error suponer que los jóvenes mexicanos se construyen a sí mismos cobijados tan sólo o principalmente en la identidad de trabajador. Al pedirles que escogieran tres palabras con las que se identifican (así se hizo en la ENJ), la palabra que, en una primera ronda, aglutinó la mayor respuesta de los jóvenes que trabajan fue

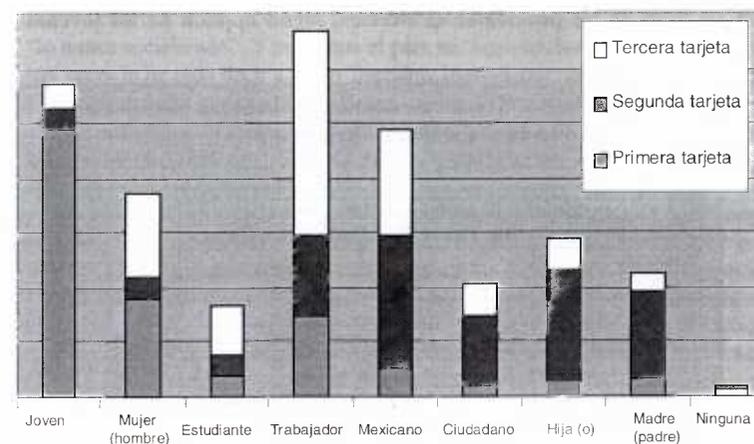
¹⁰ María Herlinda Suárez, *Educación y empleo en México: elementos para un juicio político*, CRIM/UNAM/Porrúa, México, 1997.

¹¹ Varios científicos sociales han establecido, como tendencia, la pérdida de poder de la categoría trabajador como fuente de construcción de las identidades personales. Sin embargo, en México, si bien las identidades juveniles se albergan en categorías múltiples, la de trabajador parece seguir siendo una categoría aglutinadora.

precisamente la de joven. Sólo después de haberse identificado con esta palabra, hasta entonces, estos jóvenes se identificaron a sí mismos como trabajadores.

Resulta interesante analizar el orden con el que los jóvenes mexicanos que trabajan escogieron las palabras que les fueron presentadas por la ENJ para identificarse (ver gráfica 4). De sus respuestas se desprende la idea que busca impulsar este artículo: los jóvenes mexicanos, en su proceso autoidentificatorio, parten primero del mundo de la vida desocializada. En su proceso de socialización en México, se topan con un mundo marcado por la necesidad, en donde, como lo señala Hannah Arendt, se encuentra el trabajo.¹² De ahí que muchos de los jóvenes mexicanos que trabajan, más que trabajadores se identifiquen a sí mismos como jóvenes que trabajan.

Gráfica 4
Palabras con las que se identifican los jóvenes mexicanos, según orden de selección



Fuente: José Antonio Pérez Islas (coord.), *Encuesta Nacional de Juventud 2000*, IMI-CIEJ, México, 2002.

Desocializando lo que nunca fue socializado

Dijo Castoriadis que "toda sociedad crea su propio mundo, creando precisamente las significaciones que le son específicas [...], las significaciones imaginarias sociales designan las finalidades de la acción, imponen lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo que es bueno hacer y lo que no lo es".¹³

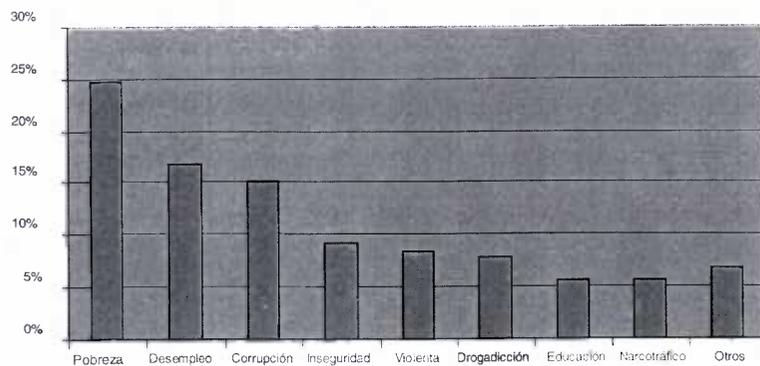
¹² Esto explica porqué la identidad de ciudadano convoca tan poco a los jóvenes mexicanos. Viven y crecen en la esfera de lo privado, marcada por la necesidad, que inhibe su aparición (actuación) en los espacios públicos.

¹³ C. Castoriadis, *op. cit.*, p. 158.

En la actualidad, una autorrepresentación de la sociedad mexicana es la de la pobreza. Actualmente las categorías de Tercer Mundo y de países subdesarrollados han quedado en desuso y el mundo ha quedado dividido en dos polos: los ricos y los pobres (dentro de esta última categoría se distinguen los pobres extremos, los nuevos pobres, etc.). Aunque en un momento de la década de los noventa, algunos mexicanos creyeron en los sueños del presidente Salinas, que prometían situar al país junto a los países ricos, hoy la realidad no deja ningún lugar para la duda: México es un país pobre, ejemplar en el mundo por la alta proporción de pobres que hay entre el total de su población y por el incremento constante en su número. Así, el “somos pobres” de los mexicanos ha quedado expresado en la respuesta que dieron los jóvenes a la pregunta realizada por la ENJ, acerca de cuáles son los problemas más graves del país. La mayor frecuencia la obtuvo “la pobreza” (ver gráfica 5).

Gráfica 5

Gravedad de los problemas en México, según opinión de los jóvenes*



Fuente: José Antonio Pérez Islas (coord.), *Encuesta Nacional de Juventud 2000*, IMJ-CIEJ, México, 2002.

* El cálculo se realizó considerando las opciones consignadas en las tres tarjetas

Aquí hay, en el ámbito social, algo sobre la representación del sujeto antropológico llamado trabajador en el nuevo capitalismo que debe ser develado: Si la categoría que media entre la identificación de joven y trabajador es la de mexicano que representa una identidad social ligada con la pobreza y la necesidad, entonces puede afirmarse que para la juventud mexicana la fórmula cartesiana clásica de *laboro, ergo sum* (trabajo, luego existo) funciona de otra manera. Para la juventud mexicana, la fórmula aparece como: “Soy joven, soy mexicano (pobre),¹⁴ luego [tengo] que trabajar”.

¹⁴ Sería un error pensar que en México todos los jóvenes que trabajan son pobres. Una de las principales características del país es la profunda desigualdad socioeconómica que existe entre su población. Otra es la profunda segmentación del mercado de trabajo. Es cierto que el contexto general en que vive la juventud mexicana es el de la pobreza, pero también lo es que hay jóvenes mexicanos que han escapado de ella.

La pobreza representa el fracaso de la sociedad moderna. De hecho, es su principal indicador. Está emparentada con la necesidad y con el infortunio de tener que aceptar la violencia del hombre¹⁵ ya que no hay derechos, Estado, ni instituciones (sociedad) que protejan a los individuos. Por su parte, las transformaciones que ha traído consigo la crisis de la modernidad y la reestructuración del capitalismo representan la pérdida de centralidad del trabajo formal estable (asalariado) y su sustitución por otras formas de trabajo, antes consideradas anómalas en los países que fueran llamados desarrollados. Implican el crecimiento del desempleo y el subempleo, así como diversificación en las condiciones de trabajo, marcadas sobre todo por la desprotección, la inseguridad y la precariedad.

Los jóvenes mexicanos que trabajan, vulnerables social y políticamente, acostumbrados a la desprotección institucional, con escasa significación propia como ciudadanos, y con la autorreferencia de ser parte de una sociedad pobre, son testimonio del fracaso de su sociedad. Sabiéndose parte de una sociedad rezagada, en cuanto a que nunca fue del todo socializada, se encuentran ahora en el umbral de un mundo que anuncia su desocialización.¹⁶ Así, los jóvenes mexicanos viven la desocialización junto con “lo nunca socializado”. Y no es que el país se “haya adelantado” sino que, como muchas veces le he oído decir a Alain Touraine: lo moderno no siempre se construye con innovaciones sino que muchas veces echa mano de “lo viejo”, de lo ya antes dado.

Los que no tienen perderán. Los que tienen... quién sabe

La sociedad mexicana nunca cumplió cabalmente con los designios de “la sociedad”. El Estado popular o periférico no proveyó cabalmente a la población de los beneficios que debería acarrear la modernidad. Consecuencia de esto es que hoy sean muchos los jóvenes mexicanos que se saben habitantes de la pobreza y se encuentran en una condición de rezago con respecto a los estándares y normas que ya ha impuesto la sociedad naciente, llamada Sociedad de la Información y del Conocimiento. Ahora que se ha extinguido la intención del Estado mexicano de dar cabida a los jóvenes, ellos son presa fácil del capitalismo, que ha dejado de esconder, precisamente bajo los velos que le prestaba el Estado, sus intenciones de obtener ganancias máximas a toda costa, sin importarle quién pague el precio.

En un mundo que se anuncia en continua competencia, estar rezagado significa anuncio de pérdida, ya que esta condición implica haberse quedado atrás. Estando en rezago, el esfuerzo hecho y el que queda por hacer, difícilmente permitirán obtener el triunfo. Sin embargo, no por ello debe abandonarse la competencia. Ya desde 1968, cuando se realizaron en México las Olimpiadas, el lema repetido a los competidores mexicanos fue: “lo importante no es ganar sino competir”. Este lema corresponde a aquellos que se saben en condición de rezago. En un mundo que se divide en perdedores y ganadores, los rezagados son perdedores potenciales que no quieren ser excluidos de la competencia.

Billy Holiday¹⁷ puso, de una manera clara, la ética en la que descansa todo capitalismo: *Them that's got shall have. Them that's not shall lose* (Aquellos que

¹⁵ Hannah Arendt, *op. cit.*

¹⁶ A. Touraine, *op. cit.*

¹⁷ Citado por Earl Shorris, *Riches for the Poor*, Norton, Nueva York, 2000.

tienen tendrán. Aquellos que no tienen perderán). Sin embargo, en las condiciones sociales de hoy, marcadas por lo incierto y por el riesgo generalizado del juego del mercado, el lema se ha transformado en: *Los que no tienen perderán. Los que tienen... quién sabe.*

De acuerdo con esta máxima, las sociedades "en rezago" y sus jóvenes se intuyen futuros perdedores. De jugar el juego que les está imponiendo el mercado muchos serían los jóvenes mexicanos que entrarían en una condición de desventaja. Siendo esta la realidad, lo que ahora les está pidiendo la sociedad mexicana a sus jóvenes es: esfuerzo, mucho esfuerzo, al tiempo que les está cerrando los espacios y las posibilidades de realización de sus esfuerzos. Lo público está siendo prácticamente aniquilado y la privatización de "lo social" se está dando a un ritmo inusitado. Educación, salud, seguridad, y hasta el trabajo se han convertido en mercancías que se deben adquirir en el mercado, aunque los recursos disponibles no alcancen para hacerlo de acuerdo con las necesidades.

Esforzarse ¿para qué?, ¿por quién?, ¿por qué?, ¿cómo? Éstas son preguntas que se hacen hoy muchos jóvenes mexicanos. Aquellos tiempos en los que los jóvenes encontraban sentido en los actos heroicos, como aventarse a un precipicio para defender a la patria,¹⁸ ya han pasado.

Entrar en el juego del capitalismo moderno como desiguales es injusto, y por lo tanto inmoral. Los jugadores en desventaja entran coaccionados por la necesidad, y de antemano se saben perdedores. Sólo un golpe de suerte, un milagro o un juego sucio podrían evitar que fueran vencidos. Sólo así se podría impedir que el que lleva ventaja no resulte el ganador. Es ésta una manera en la que se producen la corrupción, la violencia, y también se incrementan la explotación, la desigualdad y la pobreza.

Recordemos: la explotación, la desigualdad y la pobreza no son inherentes a la condición humana. Las tres son producto de la injusticia de las sociedades. También lo son el miedo, las actitudes de evasión, de anomia y de resistencia que hoy se observan en muchos jóvenes. Al comenzar este escrito dijimos que los estudiosos de la sociedad teníamos que ayudar a revelar lo nuevo. No resulta novedoso decir que la sociedad mexicana ha sido injusta con sus jóvenes. De hecho, mostramos cómo ésta nunca cumplió cabalmente con las responsabilidades que le correspondían, cuando pretendía erigirse a sí misma como una sociedad moderna. Lo nuevo es que, ahora, la injusticia de la sociedad mexicana (empujada por la sociedad globalizada) ha llegado al extremo de querer obligar a sus jóvenes a vivir bajo el sentimiento de que, aun estando en desventaja y sin contar con ninguna protección para sobrevivir, tienen que entrarle "con todo" al juego impuesto por el nuevo capitalismo. Muchos jóvenes mexicanos están apostando su juventud en este juego, están aportando la sangre nueva que se les reclama. Otros, la están usando para evadir los sentimientos de traición y frustración que les provoca la impotencia que parece existir ante el darwinismo inmoral del culto "al triunfador". Todo esto suscita las inquietudes de sociólogos que, como yo, pensamos el mundo vinculado al conflicto y a los movimientos sociales, para los cuales las palabras y la acción de los jóvenes resultan fundamentales.

¹⁸ Eso lo hicieron hace tiempo los Niños Héroes a quienes hoy se les ha borrado de la historia.

Bibliografía

- AGUILAR GUTIÉRREZ, Genaro, *Desigualdad y pobreza en México, ¿Son inevitables?*, UNAM/Porrúa, México, 2000.
- ARENDT, Hannah, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993.
- BAUMAN, Zygmunt, *Work, Consumerism and the New Poor*, Open University Press, Filadelfia, 1998.
- _____, *Liquid Love*, Polity Press, Cambridge, GB, 2003.
- CASTORIADIS, Cornelius, *El Avance de la Insignificancia*, Eudeba, Argentina, 1997.
- CORRIAT, Benjamin, *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*, Siglo XXI, México, 1994.
- DOBB, Maurice, *Economics of Private Enterprise*, Sydney Current Book Distributors, Sydney, 1944.
- DOWD, Douglas, *Capitalism Development since 1776*, M.E. Sharpe, Nueva York, 1993.
- GINI, Al, *My Job, My Self. Work and the Creation of the modern individual*, Routledge, Londres, 2001.
- INVERNIZZI, Noela, *Flexibles y disciplinados*, UAZ/Porrúa, México, 2004.
- JÜNGER, Ernst, *El trabajador, dominio y figura*, Tusquets Editores, Barcelona, 1993.
- OFFE, Carl, *El fin del trabajo en la sociedad*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- OFFE, Claus, *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Alianza Universidad, Madrid, 1984.
- SHORRIS, Earl, *Riches for the Poor*, Norton, Nueva York, 2000.
- SUÁREZ, María Herlinda, *Educación y empleo en México: elementos para un juicio político*, CRIM/UNAM/Porrúa, México, 1997.
- TOURNAINE, Alain, *¿Podremos vivir juntos?*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1997.